

EL DEBATE SOBRE LA LOU

La impresión que suscita el debate sobre la Ley Orgánica de Universidades (LOU) es que está siendo demasiado caótico y que a río revuelto, ganancia de pescadores. Más que una reforma total, quizás



¿Qué hacéis aquí a estas horas?, te responden: es que hay huelga. Este «hay» impersonal lo dice todo; pues si se identificaran con la movida deberían decir: «estamos» en huelga. Un matiz del lenguaje muy significativo.

hubiese sido preferible haber ido paso a paso, modificando los diversos aspectos allí donde fuera necesario. Esta manera de operar hubiese permitido explicar las cosas mejor y, a la vez, llegar a amplios consensos. La LOU afecta a demasiados puntos de vista e intereses como para que pueda encontrar un acomodo pacífico. Bien es verdad que la Universidad se ha convertido en un enorme edificio en el que abundan las goteras y en el que la calefacción muchas veces no funciona. Pero hacer el arreglo de todo al mismo tiempo lleva mucho gasto. Yo creo que Pilar del Castillo es consciente de eso; pero con su valentía, siempre demostrada, ha preferido tirar para adelante que quedarse a medias tintas. Por su parte, la Oposición, ayuna de temas mordientes que menoscaben al Gobierno (hay que reconocer que Zapatero apenas se come una rosca), ha visto su «chance» en la movilización de las masas sindicales y estudiantiles. Creo que también esta vez se ha equivocado. Al preferir la algarada en la calle, con el grito y la consigna como «argumentos», ha deteriorado algo su propia imagen. La discusión de una ley debe ser reposada. Zapatero ha perdido de nuevo una ocasión de oro. En lugar de encabezar la manifestación, podía haber salido en los medios explicando las razones concretas de su rechazo. Con razón o sin ella (¿quién puede decir en eso la última palabra?) habría ganado en enteros. Es evidente que la LOU tiene puntos discutibles o que pueden ser regulados de otro modo. Zapatero ha preferido sumarse a las banderolas y a las excursiones, lo que nos recuerda algunas cosas del pasado. No es que haya que estar contra las manifestaciones. Son muy sanas, sin duda alguna. Pero es útil recordar que su impacto social es hoy muy reducido. En nuestro tiempo ya no se ganan las elecciones de esa manera. Se dice que los estudiantes se han echado a la calle, y así se encubre la verdadera realidad, que es que la mayoría se queda en su casa, y que incluso los que se manifiestan ni siquiera se han leído el proyecto de ley. Por esa razón, la Ministra se sonríe cuando dice una y mil veces que no se privatiza la Universidad, que no bajan las becas y que no se disminuye la representatividad de los alumnos. Yo, que tengo un buen número de ellos, les pregunté la semana pasada quién se había tomado la molestia de leerse el proyecto. Nadie respondió. Acto seguido les dije que levantarán la mano aquellos que supieran cuál era el contenido de dicho proyecto. Entonces, una alumna contestó que podía decir lo que había oído. Ahora bien, esos mismos alumnos, cuando se declara huelga, que consiste simplemente en no asistir a clase, lo toman como un hecho consumado que no está en sus manos cambiar. Se quedan en su casa o se van a la cafetería, o a la biblioteca. Si alguien les pregunta:

Zapatero se equivoca si piensa que le van a votar esos estudiantes que no acuden a las clases. No es así como se ganan las elecciones. Todo el mundo ha interpretado que el dirigente socialista está a favor de la actual legislación, la LRU, la que se aprobó por el procedimiento de urgencia en los meses del verano de 1983 y que, entre otros aspectos menos discutibles, implantó el actual sistema de selección de los profesores, según el cual es posible llegar a la cátedra sin haber demostrado en un examen que se domina el propio programa de la asignatura. Paradojas de la vida: un señor, que puede exigir a sus alumnos que respondan a todas las preguntas del programa, no ha tenido que demostrar que él también se lo sabe. Si en ese punto la LOU cambia, bienvenida sea. Pero no me fío. Veremos cómo se aplica. Con las leyes pasa como con las buenas intenciones...

Gregorio ROBLES

¡JODER CON LA MARQUESA!

Almuerzo en Madrid con José Luis de Vilallonga, Begoña Aranguren e Isabel Blancafort. La posible boda del Príncipe de Asturias y la señorita Eva Sannum, con la que Vilallonga no está nada entusiasmado y



peró tras una conversación, en Palma de Mallorca, un año después, entre el Conde de Barcelona y su hijo el Príncipe de España, nombrado por el general Franco su sucesor a título de Rey en 1969. Poco antes de que éste accediese al trono, Ca-

al resto de los comensales nos deja indiferentes, centra la conversación en el tema de la Dinastía que nos rige, que en menos de siglo y medio, de 1808 a 1931, tiene que abandonar el trono en tres ocasiones pero que cada vez termina recuperándolo, porque ya se sabe que los Borbones, vivos o muertos, regresan siempre a España. Al filo de estas evocaciones recordamos que en julio de 1974, año y medio antes de la muerte del general Franco, se constituyó en París la Junta Democrática, cuyo portavoz era precisamente el actual marqués de Castellvell; la integraban, entre otros, Santiago Carrillo, Secretario general del Partido Comunista de España en el exilio, el notario Antonio García Trevijano y el otrora integrante Rafael Calvo Serer, miembro de la Opus Dei. La Junta ofreció a Don Juan de Borbón, hijo y heredero del último Rey de España, Don Alfonso XIII, encabezar la operación tendente a devolver a la sociedad las libertades democráticas mediante la ruptura con el Régimen, pero la operación no pros-

rrillo no se anduvo por las ramas: en una entrevista con Oriana Fallaci declaró que el Príncipe era *una marioneta que Franco mueve como quiere, un pobre hombre incapaz de toda dignidad y sentido político, un tontín que está metido hasta el cuello en una aventura que le costará cara. ¿Qué posibilidades tiene? Todo lo más, ser rey durante unos meses. Y Alfonso Guerra, vicesecretario general del PSOE, afirmó en Le Nouvel Observateur: No es posible decir que Juan Carlos es un rehén del franquismo. De hecho, su personalidad se confunde con la del régimen decadente.* Para sorpresa de ambos, Don Juan Carlos los dejó con un palmo de narices: Carrillo se ha convertido en uno de los más entusiastas partidarios del monarca, y Guerra ha formado parte del gobierno de Su Majestad. Vilallonga tuvo los reflejos más rápidos que Carrillo y Guerra juntos, y entendió enseguida la capacidad de supervivencia que, contra todo pronóstico, caracteriza a la Institución, lo que, desde su posibilismo, le permitió abandonar sin solución de continuidad el legitimismo juanista y convertirse en un fervoroso juan-carlista de nuevo cuño. Pero no todos los leales del Conde de Barcelona entendieron, desde su respeto al principio básico monárquico —la Corona se transmite de padres a hijos, a no ser que haya una abdicación previa— que la realidad termina casi siempre imponiéndose a la realeza, con todas las servidumbres que ello comporta. En un reciente artículo, Vilallonga explica que su madre, Carmen Cabeza de Vaca y Carvajal, marquesa viuda de Castellvell, a la que define como *monárquica acérrima y algo cerril, se rebelaba contra el hecho de que el hijo hubiera suplantado al padre en el trono de sus mayores.* Comprendo que a la buena señora, al final de su vida, le costase aceptarlo, pero me maravilla lo que explica Vilallonga: *En cuanto en la televisión, tras las noticias, sonaban los acordes de la marcha real, mi madre, estuviera quien estuviera presente, anunciaba levantando la voz: «Ahora saldrá el Idiota». Y aparecía el Rey.* Esta descalificación visceral, que no responde a ningún criterio de racionalidad, no creo que se la haya permitido nunca ningún republicano. Pero desde el punto de vista monárquico el rifirrafe dinástico entre padre e hijo lo hubiese podido evitar Don Juan si, muerto Franco y antes de que las Cortes proclamasen Rey a Don Juan Carlos, hubiese renunciado a sus derechos, mediante una simple declaración o una carta enviada al ministro de Justicia, como Notario Mayor del Reino, con lo que Don Juan Carlos hubiese accedido al trono —y sin que el búnquer pudiese oponerse a ello— no sólo por ser quien legalmente sucedía a Franco sino también por ser el heredero legítimo de la Dinastía. Monárquicos como la madre de Vilallonga se hubieran ahorrado descargas de adrenalina que, a su edad, son contraproducentes. ¡Joder con la marquesa!

Juan BRAVO

FUNDACIÓN JIMÉNEZ DÍAZ

Le gusta pensar a Juan Bravo que todo el mundo conoce el trabajo que se hace en la Fundación Jiménez Díaz, más conocida como la vieja Clínica de la Concepción. Por lo que cuenta el espía, hay cosas sin duda poco agradables, pero en la mayoría de los casos la atención es magnífica y, sobre todo, hay que reconocer lo que se hace fuera de la vista de los pacientes, la enseñanza y los trabajos de investigación clínica que luego repercuten en una mejora de la calidad asistencial. Se trabaja con dedicación y con poco dinero, y encima hay que asumir deudas pasadas. A Juan Bravo le extraña que cuando el PP tiene que ajustar las transferen-

cias y hacer borrón y cuenta nueva en la sanidad, la ministra Villalobos se cierre en banda, se enfrente a la Comunidad de Madrid, y ponga en peligro hasta la viabilidad de la Fundación. Dice el espía que en Presidencia el Gobierno son más sensibles y llamaron a capítulo a la malagueña, pero ni todo el poder monclovita pudo convencerla para que prestase al caso de la Jiménez Díaz la atención que merece. A lo mejor a Celia no ya no le importa demasiado, pero a sus compañeros del PP les preocupa, y mucho, lo que puedan decir los millares de enfermos/votantes que allí reciben asistencia.



Rafael BORRÀS